

á Roma el año 206 a. J. C. Elejido cónsul para el año siguiente, no se preocupó más que de llevar la guerra al Africa. Pasó á Sicilia, y aunque la desconfianza del Senado fué un obstáculo para sus proyectos, organizó la expedición y partió de Lilibea con cierto aparato teatral y religioso, invocando para él y para el pueblo romano, puestos á la misma altura en sus deprecaciones, la protección de Júpiter. Llegó á las costas africanas en donde se le unió Massinissa, ántes enemigo de los romanos y ahora su amigo por odio á Sifax, aliado de Cartago. El terrible númida fué un aliado eficaz de Scipion que pudo vencer á los ejércitos púnicos á pesar de los refuerzos que les habían llevado Sifax, los macedonios y los celtiberos. Estos desastres dieron aliento en Cartago á los partidarios de la paz sobajados durante la preponderancia de los Barkas. Entraron en pláticas con el general romano y se firmaron algunos preliminares ventajosos para Cartago, dadas las circunstancias; pero á poco el partido de la guerra logró sobreponerse y llamó en su auxilio á Magon, el más pequeño de los hijos de Hamilkar y á su hermano Hannibal. Magon que se hallaba en el N. de la Italia, apenas pudo ponerse en marcha porque estaba herido gravemente y pereció en la travesía. Hannibal estaba en Crotona procurando realizar una alianza de griegos é italianos contra Roma, y en cuanto recibió el mensaje de sus amigos se puso en marcha. Sin hallar obstáculo alguno desembarcó en Leptis, volviendo á pisar el suelo africano despues de 36 años de ausencia. En cuanto llegó, el partido patriota rompió la tregua celebrada con Scipion, y éste, despues de celebrar una conferencia con Hannibal en que se negó á hacer mayores concesiones á Cartago, presentó batalla al enemigo y lo venció

completamente en Zama. Hannibal seguido de muy pocos logró salvarse (201). Scipion pudo apoderarse de Cartago; prefirió tratar. Las condiciones fueron durísimas, enorme la indemnización de guerra exigida y humillante el estado á que quedó reducida la ciudad; bajó al rango de verdadera tributaria, bajo la vigilancia terrible de Massinissa y sus númidas. Con esta paz la dominación absoluta de Roma sobre la Italia, en donde las ciudades que ayudaron á Hannibal fueron tratadas cruelmente, quedó definitivamente consolidada, así como su preponderancia en el Mediterraneo occidental. Roma era desde aquel momento la potencia más fuerte del mundo antiguo.

LA CONQUISTA DEL MUNDO.—Desde la paz con Cartago hasta la reducción de Pergamo á provincia romana. (201-129) Inmediatamente que se firmó la paz, Roma se dedicó á los asuntos de Italia, que reclamaban su atención en la completa desorganización que había introducido en la península la presencia de Hannibal. En los últimos tiempos, sobre todo, las tentativas de los dos hermanos del héroe, en el N. de Italia, habían hecho en extremo precaria la dominación de los valles situados al pié de los Alpes. Roma restableció en la región del Pó rápidamente su poderío, naciones enteras como la de los Boios quedaron reducidas á la nada y los países que ocupaban, colonizados y latinizados sistemáticamente. Colonias fuertes y colocadas hábilmente sujetaron el país cisalpino y sirvieron de centinelas avanzadas como Aquilea para impedir las incursiones de los transalpinos. Con el mismo sistema contuvieron definitivamente á los ligures, á los sardos, corsos, etc.

En España también tuvo que luchar Roma contra los indomables indígenas de la comarca, y á pesar de que mante-

ner un ejército de ocupación en la península ibérica le era gravoso, la circunstancia de no poder abandonar aquella conquista, á riesgo de verla volver á manos de los africanos, le obligó á hacerlo así.

Porque Cartago aun era temible. Es verdad que Roma le había dejado un puñal clavado en el corazón, el imperio númida de Massinissa. Estos númidas descendientes de los libios ó *libui* que probablemente vinieron con los egipcios del Asia y se derramaron por el N. del Africa y de los que descienden los Khabylas actuales, á pesar de estar constituidos en tribus nómades, (de donde se origina el nombre de *númidas*), habían soportado siempre mal la inconsiderada opresión de los mercaderes púnicos. Massinissa que era un salvaje de genio, fuerte con la decidida protección de Roma, sometió á su imperio casi todo el N. de Africa hasta los límites de la Kirenaica, y residía habitualmente en Cirta (la Constantina actual). Abrazando á Cartago con un círculo de fierro y ambicionando en secreto hacer de ella la capital de su imperio, el númida la provocaba sin cesar mermando constantemente el territorio que la generosidad de Roma había olvidado en torno suyo. Los cartagineses con la paciencia propia de los fenicios que no se agotaba sino cuando había llegado el día de la desesperación, para convertirse entonces en una energía espantosa, los cartagineses, decimos, enviaron á Roma varios embajadores pidiendo justicia. Los romanos fingían oírlos, pero en realidad entraba demasiado en sus miras la conducta de Massinissa para que pensaran seriamente en acotarla. Como Cartago no podía según una cláusula del tratado atacar á ninguno de los aliados de Roma, nada se atrevía á emprender contra Massinissa y aguardaba. Hannibal que ha-

bía cambiado el inepto gobierno de la oligarquía, por una democracia que estaba á sus órdenes, procuraba ser olvidado mientras preparaba con suma destreza la revancha de Cartago, rehaciendo sus recursos y procurándole aliados en Grecia y en el Oriente. Los romanos no descansaron en pedir su expulsión, hasta que el gran vencido de Zama se vió obligado á huir á Siria, en donde reinaba Antiokos.

Dueños los romanos de la cuenca occidental del Mediterráneo, toda su política debió consistir y consistió en impedir la formación de un gran estado en la cuenca oriental que amenazara el comercio de sus provincias marítimas é insulares. En el Oriente solo podían formarse ó mejor dicho crecer á expensas de los otros, uno de estos tres imperios: el Egipto, que había llegado, gracias á la sabia política de los primeros lágidas á un alto grado de bienestar y que se contentaba con ser el gran depósito del comercio entre Asia y Europa y el protector de las artes y las ciencias; el del Asia, vinculado en la familia de los seleukidas y que no era más que el antiguo imperio aqueménide helenizado superficialmente, compuesto de elementos heterogéneos, de una suma facticia de poderes sobre pueblos en realidad independientes y que parecía haber heredado la debilidad radical del reino persa; la Macedonia: esta monarquía, herencia recogida por los descendientes de Antigonos en el naufragio de la familia de Alejandro, era un país lo mismo que en tiempo de Filippo fuerte para la conquista y que podía servir aun de instrumento á un hombre de genio. Sobre las luchas entre estos tres imperios se había posado la mirada profunda del águila romana.

La presa que se disputaba era el mundo griego. La Grecia, lo hemos visto ya, era la gran proveedora de generales,

de ministros, de cortesanos, de hombres de talento y de soldados, de todo aquel mundo en combate. Agotada toda su savia, vivía sin embargo pero con una sombra de vida. Esparta había caído al lodo después de las heroicas tentativas de Agis y Kleomenes; del poder de un aventurero tarentino, Makanidas, vencido y muerto por Filopemen, uno de los caudillos de la liga aquea, había pasado al de un tiranuelo feroz, Nabis, que aliado con los piratas cretenses, dominaba por el terror en medio de la corrupción más desenfadada. Atenas era una pobre ciudad que se arrojaba delante de sus opresores. Thebas, entregada al desenfreno, veía á sus ciudadanos dejar sus bienes á sus compañeros de taberna. Estas tres ciudades, estaban ligadas á los etolios, grupos de hombres viriles que habían venido á última hora en la historia de la Grecia, y que estaban asociados para el pillaje y la devastación. Sus enemigos natos eran los aqueos, que apesar de una excelente constitución y de las aspiraciones de sus caudillos para unir la Grecia contra el enemigo común habían sido los primeros en llamar los ejércitos macedonios al Peloponeso. Además de estas divisiones existían las viejas, de Mesenia contra Esparta, de Esparta contra Argos, etc.

Entre todos estos pequeños pueblos débiles, en las islas y en el Asia menor habían subsistido algunos en quienes la debilidad no existía. Así el reino de Pergamo, salvado por Attalus de las terribles invasiones de los galos en el Asia menor, había podido mantenerse independiente y fuerte á pesar del gran poder de los seleukidas. Así los rodios en su isla, lograban apoyándose en el Egipto mantener su preponderancia, la suficiente para forzar el paso de la Propóntide y del Ponto Euxino, asegurándose un libre comercio en aquellas regiones.

En este estado las cosas, habiendo heredado el trono de Egipto un niño de cinco años, Ptolemeo Epifanes, Antiochos III que reinaba en el Asia y Filippo II que reinaba en Macedonia se concertaron para repartirse el Egipto. A pesar de la enérgica oposición de los rodios y al través de diversas peripecias, Filippo estaba en camino de conseguir su parte de botín en la destrucción del imperio lágida, cuando la paz de Roma con Cartago y poco después la declaración de guerra de parte de la República, le obligaron á abandonar sus empresas en Oriente. Cuando Ptolemeo Epifanes que era pupilo del Senado envió á Roma una embajada para pedir el permiso de socorrer á Atenas contra Filippo, los cónsules, para convencer al pueblo que estaba ya cansado de la guerra, dijeron que Atenas sería una segunda Sagunto y Filippo otro Hannibal; por lo cual era preciso ir á batallar en Grecia para que la guerra no viniera á Italia. ¿Sus cónsules creían lo que decían? Filippo era valiente, audaz y astuto, pero hombre de placer é incapaz de grandes miras, no supo cuando pudo ayudar á Hannibal á vencer á Roma ni prepararse formando un solo estado compacto de la Grecia á resistir el choque de las legiones romanas, que bien lo sabía, era inevitable. Los romanos lo despreciaban en el fondo, y sólo enviaron contra él dos legiones. Los aliados de Filippo en sus empresas contra Oriente, eran Prusias, rey de Bithinia y Antiokos, que no lo pudieron ayudar contra Roma; en contra suya tenía á Attalus rey de Pergamo, y Rodas, que dieron bajeles á los romanos, y los etolios que ocupaban las Thermópilas y que dieron su caballería. La liga aquea en lucha con Nabis, tirano de Esparta, permaneció neutral. En vano Filippo intentó sublevar la Grecia entera; el odio que había inspirado por sus des-

mares en el Helesponto superó á la profunda desconfianza que inspiraban los romanos.

En el otoño del año 200 a. J. C., los romanos desembarcaron cerca de Apolonia, mandados por el cónsul Galba y permanecieron durante algun tiempo en la comarca, mientras se combinaba un plan de ataque por diversos puntos contra Filippo y las flotas aliadas con la romana incendiaban á Kalcis en Eubea y procuraban enseñorearse del Mar Egeo. Los romanos llegaron al corazón de la Macedonia, pero el invierno los hizo retroceder; otro cónsul no fué más feliz; por fin Flamininus, un romano completamente helenizado, un Scipion de segundo orden, se puso al frente del ejército. Arrojó á Filippo de la Tessalia, puso en el invierno sitio á Corinto y obtuvo que la liga aquea se declarara por él mientras que Nabis á pesar de los halagos de Filippo rehusaba aliarse á los macedonios. Por fin, en Junio de 197 los macedonios libraron una gran batalla en la llanura de *Kynokefalas*; calurosamente disputada la victoria, los romanos y sus aliados la lograron al fin por completo, y á poco Flamininus celebró la paz con Filippo, dejando reducido su reino al estado de Cartago después de Zama. Desarmado é impotente, se vió obligado á entrar en la *sinmaquia* romana á guisa de rey tributario, resignado á la humillación, porque estaba resuelto á vengarse.

Del triunfo de los romanos resultó el engrandecimiento de la liga Aquea y el abatimiento del tiranuelo feroz de Esparta contra el cual marcharon reunidos griegos y romanos. Se dejó á Nabis el trono pero se le arrancaron los medios de disponer de los piratas de Kreta y se le rodeó de enemigos. Obedeciendo al sentimiento popular que repugnaba mezclarse en los asuntos greco-orientales, el Senado influido por el

helenismo de Flamininus, juzgó oportuno retirar sus tropas de la Grecia y para crearse en ella firmes partidarios, declarar libres todas las ciudades griegas; lo que hizo Flamininus solemnemente en los Juegos istmicos, en medio del alborozo y del entusiasmo inmenso de aquellos pobres helenos, que no comprendían que la libertad nada significaba para los pueblos débiles.

Antiokos III á quienes sus cortesanos apellidaban el Grande, había visto indiferente caer á Filippo en *Kynokefalas* prosiguiendo la tarea que se había impuesto de arrancar á los egipcios todas las posesiones del Asia; los rodios y el rey de Pergamo directamente amenazados por el seleukida se opusieron á sus avances y acudieron á los romanos que se contentaron primero con tratar la cuestión diplomáticamente, aunque convencidos estaban, de que Antiokos aprovecharía la ocasión propicia para hacerles la guerra, como lo demostraba claramente el magnífico recibimiento que hizo á Hannibal en Efesos. La circunstancia de haber retirado Flamininus todas las tropas romanas de la Grecia, alentaba al seleukida que procuró atraerse á su partido á los reyes de Bithinia, de Pergamo, en el Asia Menor, á las ciudades libres y á los rodios con toda suerte de concesiones, y al Egipto por medio del matrimonio de una hija suya con el Ptolemeo reinante. La liga etolia que se había declarado por él en Grecia, había ofrecido sublevar á todos los griegos en su favor. Empezando desde luego á obrar contra la liga aquea, sublevaron los etolios á Nabis, luego lo hicieron asesinar para apoderarse de Esparta, lo que no lograron gracias á Filopemen que se adueñó de la ciudad y la hizo entrar en la liga aquea. Por este tiempo aparecieron las flotas romanas en las aguas de la Grecia y todas las vacila-

ciones cesaron. Filippo de Macedonia, por odio á Antiokos que lo habia abandonado en su lucha con los romanos, la liga aquea, el Egipto, los rodios, Eumenes de Pergamo, Prusias de Bithinia, se declararon por Roma, y solo los etolios y los magnetas permanecieron unidos al rey sirio. Este para ganar tiempo se dirigió á Eubea con un ejército insignificante y ahí se entregó á todos los placeres de las cortes orientales dejando que los romanos se acercaran. Quiso cerrarles el paso de las Termópilas en donde su ejército pereció por completo; Hannibal le habia pronosticado la derrota. El rey se refugió en Efesos y los romanos se prepararon á llevar la guerra al Asia desde Grecia, en donde, gracias á la intervencion de Flaminius habian concedido una tregua á los etolios. El rey quiso impedir el paso de los romanos al Asia, por medio de sus flotas pero no lo logró. Una de estas flotas mandada por Hannibal fué vencida por los rodios, primera y única batalla naval del grande hombre perseguido por la desgracia. La expedicion en el Asia fué confiada á Lucius Scipio, hermano del *Africano*, que fué el director de hecho de la campaña. Antiokos fué totalmente vencido en Magnesia al pié del monte Sypilo, (5 de Octubre de 190), y la paz se celebró pagando el rey todos los gastos de la guerra, y abandonando toda el Asia Menor ménos la Kilikia. La Siria quedó reducida á una potencia de segundo orden y el que mas aprovechó de sus despojos fué Eumenes de Pergamo; los romanos querian poner un reino poderoso que les fuera devoto entre Macedonia y Siria. Otra consecuencia de la derrota fué, que las dos satrapias de Armenia se hicieran independientes desde entónces de los seleucidas. En Grecia los etolios fueron reducidos despues de haber defendido bravamente

algunas de sus ciudades y obtuvieron la paz en condiciones relativamente equitativas. Filippo obtuvo algunas ventajas por su fiel cooperacion en la guerra de Asia; los aqueos, que se habian aprovechado de la guerra para hacer entrar de grado ó por fuerza en la liga al Pelomoneso entero, aun algunas ciudades del partido etolio y algunas islas que debian pertenecer á los romanos. Cuando la liga fué verdaderamente opresora y empezó á reinar por el terror en Esparta, los romanos intervinieron limitando sus facultades, y por último, cansados de las divisiones irreconciliables de tantas pequeñas facciones, Roma decretó la muerte de la liga; poco despues del paso de Flaminius por Mesenia, esta ciudad se sublevó. A pesar de su edad avanzada Filopemen marchó contra la ciudad rebelde en compañía de su consejero y amigo Lykortas, padre del historiador Polybio. Hecho prisionero por los messenios, fué condenado á beber cicuta. Los griegos le hicieron magníficos funerales; con él desaparecia la raza de los Leonidas, de los Aristides, de los Epaminondas. Polybio llevaba la urna que encerraba sus cenizas, «como dicen que las madres aman mas á los hijos que tienen en una edad avanzada, la Grecia que tuvo á Filopemen en su vejez lo amó con un amor único y lo llamó el último de sus hijos.» (Plutarco). Esto pasaba el año de 183; ese mismo año Hannibal que habia huido de la corte de Antiokos despues de la paz, y habia acabado por refugiarse en la corte de Prusias, temiendo que éste obedeciendo á las insinuaciones de Flaminius lo entregara á los romanos, se dió la muerte; tambien en ese mismo año Scipion el africano, martirizado por la ingratitud del pueblo, murió en el destierro voluntario que se habia impuesto.

Poco tiempo despues, en 179, murió

Filippo de Macedonia dejando á su sucesor un reino muy reducido, pero compacto y un tesoro bien provisto. Este sucesor era Perseo, hijo legitimo de Filippo que habia logrado suceder á su padre, haciéndole creer que el heredero de la corona, Demetrios, jóven educado por los romanos, era cómplice de las intrigas de éstos contra el trono, por lo que el rey ordenó la muerte de su hijo; una vez ejecutado, el remordimiento y el dolor llevaron á Filippo á la tumba.

Perseo habia heredado de su padre un rencor irreconciliable contra Roma y la firme decision de vengarse. Hombre dotado de sérias cualidades, aunque por debajo de la empresa que se proponia acometer, ha sido juzgado demasiado duramente quizá por la posteridad. Fingiendo sumision completa, empezó á acaparar inmensos tesoros y á formar lentamente una coalicion contra Roma. En Grecia se pusieron de su lado el partido nacional y la demagogia que luchaba contra los propietarios; todos los delincuentes contra la propiedad fueron invitados á refugiarse en Macedonia y los bárbaros germanos llamados por Perseo salvaron el Danubio y se arrojaron sobre los dardanos, pero fueron vencidos. El rey pensaba lanzarlos sobre Italia, y aunque no lo logró, no desistió por eso de sus proyectos. En Roma eran estos conocidos y el Senado se pronunció por la guerra. Al principio fueron muy flojas las operaciones, y la Grecia entera, gracias á esta dilacion, fermentaba y se cubría ya de partidas armadas, mientras que los romanos permanecian en un rincon de la Tesalia. Un hombre de experiencia y de altísimo espíritu militar fué puesto entónces al frente del ejército, *Paulus Emilius*. Despues de algunos combates parciales, se libró la batalla de Pydna, en donde á pesar de los esfuerzos de los

falangitas macedonios, los romanos obtuvieron una victoria completa. Perseo huyó á Samotrakia en donde abandonado de todos fué hecho al fin prisionero y la Macedonia dejó de existir como nacion; fué dividida, desarmada, arrasadas sus fortalezas, excepto las que la defendian de los bárbaros y desde entónces hasta nuestros dias no ha vuelto á aparecer con una existencia individual en la historia. Iliria tuvo la misma suerte; el Epeiro fué saqueado y cubierto de sangre; 150,000 epirotas fueron vendidos como esclavos. Todo el mundo temblaba ante Roma. Perseo adornaba el triunfo del vencedor de Pydna y moria poco despues de hambre á orillas del lago Fucino; su último heredero llegó á ser escribiente; Prusias, se presentaba de rodillas ante el Senado, rapado y cubierto con el gorro frigio como los libertos; Massinisa se declaraba usufructuario de su reino cuyo dueño era la República, y Paulus Emilius, Anitius y Octavius celebraban espléndidamente sus triunfos sobre Macedonia y sus aliados, inundando á Roma con todas las riquezas del arte y de la cultura helénicas.

Despues del aniquilamiento del antiguo reino de Alejandro, el de Pergamo empezaba á ser inútil. Roma lo abandonó en manos de sus enemigos los celtas del Asia Menor (galatas) y de los bitinios; Antiokos Epifanes que habia intentado apoderarse del Egipto, abandonó sumiso su empresa á una intimacion formal del Senado; en una palabra, pueblos y reyes escuchaban temerosos el nombre de Roma.

En la Grecia sólo quedaba en pié la liga aquea, sometida al cinismo servil de Kallikrates, un verdadero esclavo de Roma. En vano durante la última guerra con Perseo, los aqueos habian enviado en auxilio de los romanos un ejército al mando de Polybio. Los